

Reseñas

de la India e Irán en España (solapa de contratapa), no hay que ignorar las aportaciones indológicas previas de J. Riviere, R. Panikker, F. Rodríguez Agrados y otros en nuestro país y bastantes más en América Latina.

En suma, y a pesar de las posibles mejoras y las matizaciones apuntadas en los párrafos anteriores, la obra de A. Agud y F. Rubio es una magnífica contribución a la bibliografía indológica en castellano, y su relevancia se multiplicaría si los autores publicaran en un segundo volumen, algo más extenso, las tres *upanishad* védicas que faltan en éste.

Javier Ruiz Calderón

FRAIJO, Manuel, *El Cristianismo. Una aproximación*, Segunda edición revisada, Editorial Trotta, 2000, 190 p.p.

La separación, cada día más acentuada, entre los análisis positivistas sobre infinitos detalles parciales contenidos en las fuentes judías y cristianas o suministrados por la arqueología y la historia de la época y los estudios, por otra parte, sobre la cristología o cristologías del Nuevo Testamento rompe la tensión constitutiva del cristianismo, la única que permite una aproximación adecuada y completa al fenómeno cristiano. Mérito de esta obra es haber afrontado el reto de tender puentes entre *el Jesús de la historia y el Cristo de la fe*, así como entre el Reino anunciado por Jesús y la Iglesia desarrollada posteriormente, sin cortocircuitar en un sentido o en otro las corrientes de energía que mantienen unidos aquellos dos polos. No deja de ser significativo que muchos de los que lideraron *la búsqueda del Jesús histórico* terminaron abandonando tal empresa: el primero fue A. Schweitzer, quien pasó a desarrollar tareas humanitarias en África, luego fue Conzelmann, tras su artículo sobre «Jesucristo» en la enciclopedia *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*; más tarde Käsemann, tras denunciar la vía muerta a la que conducían esfuerzos como el de J. Jeremias y, finalmente, Ebeling y Fuchs que se pasaron al campo de la hermenéutica como J.M. Robinson al de los estudios sobre Nag Hammadi. A partir de los años 80 y en el mundo anglosajón de modo especial se ha producido un nuevo debate sobre el Jesús histórico, *the third Quest*, con obras significativas como las de E.P. Sanders, G. Theissen y J.P. Meier, así como las aportaciones, algunas muy discutibles y en gran medida desprestigiadas, del llamado *Jesus Seminar*, entre las que destacan las de J.D. Crossan quien tiende a ver a Jesús como una figura a mitad de camino entre un predicador itinerante al modo de un filósofo cínico y un paisano analfabeto de Galilea que predicaba la igualdad social y religiosa.

La obra de Manuel Fraijó se centra en los orígenes del movimiento cristiano y sólo en las páginas finales hace un recorrido por la historia del cristianismo vista como la de una *disidencia sostenida*. Desde la del propio Jesús de Nazaret respecto al mundo judío y la de sus discípulos manteniendo opiniones contrapuestas en temas fundamentales como ponen en evidencia los cuatro evangelios, hasta las tres grandes disidencias que escindieron el cristianismo cada cinco siglos más o menos, a saber: las que acompañaron a los primeros concilios, la que culminó con el cisma entre

Oriente y Occidente y la que condujo a la Reforma protestante y anglicana. La disidencia es, según Fraijó, un signo de fuerza, pero también de debilidad. Bajo esta perspectiva su búsqueda de los orígenes del cristianismo se convierte en la del *factor constante de unidad*, que no puede encontrarse en muchas de las instancias a las que se ha recurrido para ello. No puede serlo el Nuevo Testamento pues acoge cristologías muy diversas, tampoco *el evangelio en los evangelios* al que ya recurría Lutero y en cuya identificación se introducen inevitablemente criterios subjetivos, y todavía menos, si cabe, la imagen más genuina de Jesús, su *autoconciencia* o sus *ipsissima verba*, difíciles de reconstruir y que, por corresponder a la tradición más antigua, no constituyen necesariamente la más significativa. Siguiendo a E. Schillebeckx, el autor se remite al *movimiento cristiano como factor constante de una experiencia cristiana unitaria*, algo entre Jesús y sus discípulos, los primeros y los de las épocas posteriores.

Es importante por ello una fundamentación histórica del cristianismo y la búsqueda del Jesús histórico, la famosa *Quest of the historical Jesus*, promovida a comienzos del siglo XX por A. Schweitzer y W. Wrede e impulsada de nuevo, tras la segunda guerra mundial, por los postbultmanianos E. Käsemann, G. Bornkamm y H. Braun, promoviendo una *cristología desde abajo*, a la que el autor se atiene junto con W. Kasper, E. Schillebeckx y otros. Para ello es preciso una *búsqueda de criterios fiables* que permita *aproximarnos con cierta verosimilitud a las palabras y acciones de Jesús*. El autor se remite a los criterios establecidos por la crítica filológica e histórica, *conforme a los cuales tienen garantía de mayor autenticidad aquellos textos del Nuevo Testamento que permiten reconocer todavía un substrato semítico originario*, gozan de atestación múltiple, corresponden a parábolas de Jesús, transmiten acusaciones contra éste que difícilmente se hubieran inventado sus discípulos, enfrentan a Jesús con la normativa judía de la época o presentan una cara desfavorable de quienes más tarde fueron líderes de las primeras comunidades cristianas. Frente a fideísmos y fundamentalismos excesivamente optimistas y al pesimismo radical que predominaba entre los promotores de la *antigua* búsqueda del Jesús histórico, Manuel Fraijó se muestra moderadamente optimista en el resultado de los esfuerzos de recuperación de la primera historia cristiana, en línea con la corriente postbultmaniana y dentro de lo que no deja de ser una verdadera *penuria histórica*: «Con todo —afirma— existen ciertas posibilidades de distinguir entre el tenor de las palabras de Jesús y la interpretación y redacción de los evangelistas», y es que el libro entero está recorrido por esta dialéctica entre el tenor de las palabras y hechos originarios de Jesús y las interpretaciones posteriores que de los mismos transmitieron sus discípulos.

El acontecimiento fundamental del cristianismo referido a la persona de Jesús sólo es recuperable a través del testimonio y de la tradición posterior, por lo que *no es nada fácil distinguir entre lo histórico y lo verdadero*. La cuestión de la *verdad* alcanza en este contexto por una parte a la historia que las fuentes cristianas ofrecen y por otra a la proclamación que transmiten sobre Jesús, el Cristo resucitado. M. Fraijó propone entonces «la búsqueda de un breve perfil» y «la inevitable pregunta por el núcleo esencial». Una de las vías más indicativas ha sido la de rastrear el significado y alcance de los títulos que las fuentes cristianas atribuyen a

Jesús. Se puede afirmar que la obra de F. Hahn de 1963, *Christologische Hoheitstitel: Ihre Geschichte im frühen Christentum*, marcó una época decisiva en la que también la exégesis católica dio un giro determinante. Si hasta entonces había propendido a una cristología explícita según la cual Jesús había hecho uso de tales títulos, a partir de estos años se mostró más dispuesta a aceptar que fueron los discípulos quienes más tarde se los atribuyeron: «sí sus gentes dieron el paso a lo explícito, a los títulos, es porque *implícita e indirectamente* en la vida de Jesús hubo *indicios fuertes* que apuntaban en esa dirección». El autor se refiere sólo a los títulos más decisivos: Mesías, Hijo del Hombre e Hijo de Dios. La discusión sobre Jesús Mesías tiene como interlocutores directos a quienes en los años 60 tendían a considerar a Jesús como un revolucionario político (Carmichael en 1965, Brandon en 1967 y, más recientemente, Puente Ojea). Fraijó considera, por el contrario, que «las causas de la muerte violenta de Jesús hay que buscarlas en un currículum teológico altamente delictivo». Con referencia al título de Hijo del hombre, el autor se reafirma en la vía de búsqueda emprendida: «Una vez más se pone de manifiesto que tal vez no hemos errado al elegir el camino de la cristología implícita». Respecto al título de Hijo de Dios, afirma en otro contexto: «No puede extrañar que esta relación filial de Jesús con Dios sea la base “implícita” del título “explícito” Hijo de Dios».

M. Fraijó señala cuatro «ejes» fundamentales para trazar la figura de Jesús: las profundas modificaciones que introdujo en la concepción tradicional de Dios; las divergencias doctrinales respecto al judaísmo de la época en cuestiones tan determinantes como la observancia del descanso sabático y la actitud ante el templo —lo que probablemente jugó un papel decisivo a la hora de su condena—; la denuncia social y acogida generosa de enfermos impuros y de pecadores; y, finalmente, la pretensión de autoridad declarada con firmeza en la llamada al seguimiento, en el anuncio del perdón de los pecados —competencia exclusivamente divina—, en la proclamación de las bienaventuranzas o en el uso profético de la expresión «Amén». Jesús no hablaba tanto de sí mismo sino del «Reino de Dios», comparándolo con un grano de mostaza, la levadura, un banquete o un tesoro escondido. Este Reino estaba destinado a los pobres con los que compartía la existencia, ofreciendo así una nueva imagen de Dios.

La clave de todo el libro se cifra en explicar cómo «el predicador ambulante que fue Jesús se convirtió en predicado, en objeto de predicación... Pasó a ser nada menos que el profeta escatológico, el Mesías, el Señor, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios. Algún escrito tardío del Nuevo Testamento no se lo piensa dos veces y llega a llamarle “Dios”» La dogmática tradicional lo tenía claro: Jesús era el Hijo de Dios porque él mismo lo había afirmado (cristología explícita) y confirmado con sus milagros. El autor, como por otra parte el mismo Bultmann, no excluye que Jesús realizara acciones consideradas milagrosas. No en vano las fuentes judías recuerdan a Jesús como taumaturgo y mago. La vía de una cristología implícita es, sin embargo, mucho más ardua. Seguramente frente a quienes pudieran tacharle de minimalista y, por otro lado, a escépticos radicales, el autor advierte: «Es muy importante lo que quiero expresar. Estoy tendiendo un puente entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe», salvando así la «honorabilidad» de los discípulos, su rectitud intelectual. El salto a la cristología explícita —a la proclamación de la filiación divina de Jesús —

Reseñas

no es detectable a través del «espiguelo de textos aislados», sino mediante esos cuatro «ejes» y algo más: la resurrección. Llegamos así al punto crucial del libro y de toda comprensión del cristianismo.

Un historiador no puede dar paso alguno más allá de los datos relativos a la muerte y entierro de Jesús, pues su resurrección no pertenece ya a la historia sino que es objeto de fe. La creencia viene expresada, más que probada, en las tradiciones evangélicas sobre la tumba vacía y las apariciones a los discípulos, así como en la atestiguada por Pablo en 1 Corintios 15,3-5. Siguiendo a E. Schillebeckx, el autor considera que la cuestión sobre la «verdad» de la resurrección y del cristianismo se remite en definitiva a la escatología, conforme a lo dicho por Hegel de que «la verdad de las cosas es su final». Al final del libro, el autor se pregunta para qué sirve el cristianismo y, tras recurrir a W. Benjamin y a la cultura del recuerdo que alimenta toda religión, concluye con estas palabras: «El cristianismo sigue apostado en la misma doble trinchera de entonces: por un lado, procura aliviar el hambre, el desamparo, el desarraigo y la soledad; por otro, sigue anunciando otra ciudad, otra tierra y otro cielo, libres ya de las tribulaciones de la hora presente». En definitiva, la dialéctica entre el ya, pero todavía no, de la realización de la utopía cristiana.

Parece ser mayor hoy la predisposición a atribuir una cristología explícita al Jesús de la historia, en particular por lo que se refiere al título de Hijo del hombre que Jesús pudo haber utilizado en referencia a sí mismo y al de Mesías que algunos pudieron aplicarle en vida. Los manuscritos de Qumrán confirman que el título de Hijo de Dios era utilizado en tiempos de Jesús y muestran, por otra parte, que las concepciones mesiánicas eran por entonces mucho más ricas y plurales que no la reducida a la figura del mesías político o davídico, la cual por otra parte aparece en los escritos qumránicos muy coartada y subordinada en todo caso a la autoridad sacerdotal. Junto a esta figura existían otras que resultan más adecuadas a la realidad histórica del personaje Jesús, como las del profeta escatológico, el maestro de Justicia o la tan enigmática de un ser celeste o entronizado en los cielos. En general parece reconocerse hoy una mayor continuidad entre los acontecimientos de la vida de Jesús y la interpretación que de los mismos ofrecen los evangelios. Los estudios llevados a cabo en el mundo anglosajón han sido siempre más propensos a seguir esta tendencia que los realizados en la Europa continental. Los estudios sobre los orígenes cristianos se debaten, por otra parte, como señala el autor, entre la unidad y la diversidad de concepciones cristológicas e incluso de formas de cristianismo reflejadas en las primeras fuentes cristianas como pueden ser las de un judeocristianismo, un cristianismo helenístico, otro apocalíptico y un catolicismo naciente.

La segunda edición de este libro contiene un apéndice titulado «El futuro del cristianismo». La «búsqueda de Dios» parece ser ahora más acuciante y problemática que la del Jesús histórico, pues, con la historia cristiana en la mano, se ha llegado a pensar que el cristianismo podría sobrevivir sin Dios. El autor piensa, sin embargo, que «La fe en Dios es el respaldo del cristianismo. Sin ese aval teológico, considero difícil el mantenimiento del (tinglado)». Por otra parte, un cristianismo auténtico, con su Cristo y su Dios verdaderos, podría no tener futuro por una simple razón práctica: la desmesura de la utopía cristiana hace imposible su realización efectiva. M. Fraijó

Reseñas

piensa de nuevo que, frente a todos los rigorismos y a la desesperación inicial de Lutero o a la angustia permanente de Kierkegaard, el cristianismo, sin abaratar la gracia —en expresión de Bonhoeffer—, es la «buena nueva» de una gracia abierta a todos, dotada de una fuerza que no es suya sino que le viene otorgada. La muerte del cristianismo ha sido muchas veces anunciada, pero no se ha de condenar a un inocente, el cristianismo, confundido con las formas de poder temporal y de saber que asumió a lo largo de su historia a partir sobre todo del constantinismo y de un proceso de helenización de efectos muy ambivalentes.

Merecen especial lectura las reflexiones hechas al hilo de un diálogo con los dos teólogos más significativos del siglo XX por parte protestante y católica, los dos Carlos, Barth y Rahner. El diálogo con el segundo parece responder a una conversación real, prolongada a lo largo del tiempo. Son también sugerentes las páginas sobre los «Ecos de la muerte de Dios» y «Dios, como solidaridad».

Una aproximación al cristianismo como la de Manuel Fraijó pone de relieve que los estudios sobre ésta como sobre otras religiones deben aspirar no sólo a conocer su estructura e historia sino también a comprender su verdad, aunque sin pronunciarse ni dictar sentencias sobre lo verdadero o falso de cada religión. El libro une la virtud de lo breve con un estilo ameno y cuidado que hacen su lectura tanto más agradable y provechosa.

Julio Trebolle Barrera